

MANUEL DIEZ ALEGRIA

MUTACIONES FUNDAMENTALES DE LA SOCIEDAD MILITAR CONTEMPORANEA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 49, 1973

Mutaciones fundamentales de la sociedad militar contemporánea

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. MANUEL DíEZ ALEGRÍA (*)

El 5 de marzo de 1968 se hizo realidad el nunca soñado honor que un año antes me dispensara esta Real Academia, al elegirme como uno de sus Individuos de Número. Trataron mis palabras en el acto de recepción, con el título “Defensa y Sociedad”, del enfoque del problema externo de los Ejércitos. Decía allí que considerábamos, ante todo, el papel que cabe aún al Ejército en la Sociedad Internacional y, en segundo término, dirigía una ojeada al papel que ese Ejército cumple dentro de su propia Sociedad Nacional. Y añadí: “Aún quedarán sin tratar, dentro de la extensión tolerable para este acto, las consecuencias que la existencia de ese Ejército y el papel que le hayamos asignado en la Sociedad, arrastrarán para los individuos integrantes de ésta y de aquél.”

La elección por la Academia del tema “Las Grandes Mutaciones de la Sociedad Contemporánea”, como general indicativo para el actual Curso, parece invitar a completar aquella vieja exposición con lo que entonces resultó pendiente, y que hace referencia al problema interno de los Ejércitos. Con ello quedará aquel trabajo ya completado, al menos desde mi poco dominante punto de vista, y examinaremos a la vez una evolución interesante de un sector de nuestra Sociedad, quizás no el más revolucionario, pero sí uno de los que han experimentado más profundos y medidos cambios.

(*) Disertación en Junta del 16 de noviembre de 1971.

Dice el conocido sociólogo americano Morris Janowitz: "Los militares, como profesión, hacen frente a una crisis: ¿Cómo pueden organizarse para cumplir sus múltiples funciones de disuasión estratégica, guerras limitadas y creciente responsabilidad político-militar? En primer lugar, está la compleja tarea de adaptar el establecimiento militar a un cambio tecnológico constante. En segundo, existe la necesidad de definir de nuevo estrategia, doctrina y los conceptos propios de la profesión. Mantener una organización efectiva mientras que se participa en proyectos nacientes, tales como control de ensayos nucleares o arreglos de seguridad regional, requiere nuevos conceptos y produce nuevas tareas para la profesión militar."

A ello hemos de añadir que por mucho que quiera separarse el mundo militar de la Sociedad civil (y debemos resaltar que una de las características de la época en que vivimos es que el foso que entre ellos alguna vez pudo haber existido va colmándose cada vez más, tendiendo a desaparecer); el militar no deja de proceder de la Sociedad nacional, a la que continúa ligado, por mucho que su formación propia trate de diferenciarlo. Si, pues, esa Sociedad de origen está en un momento de cambio cuasi revolucionario, el militar, que de ella procede, no dejará de sentir de alguna forma las mismas presiones derivadas de los condicionamientos de su medio vital de procedencia.

Por lo tanto, la Sociedad militar está sufriendo tremendos empujes procedentes de dentro, de cambios en su misión, y de fuera, resultado de las mutaciones del mundo en que está inmersa. Si ha podido sobrellevar mejor que otras instituciones las presiones que nos envuelven, se debe probablemente a varias razones: su necesidad continúa sobrenadando por encima de las diversas teorías, era tal vez menos idealística en sus fines, y en el fondo el sentido vocacional de la mayoría de sus componentes, al menos en las capas directivas, estaba más hondamente arraigado. Por todo ello ha sido capaz de evolucionar adaptándose a los modos y tiempos, y aun en naciones en que se encuentra en mayor crisis, derivada en muchos casos de las consecuencias de una época más que desgraciada, continúa, aunque con grietas, resistiendo mejor que otras los embates del huracán. Y todo ello sin contar que los Ejércitos están constituidos para circunstancias anormales, en las que se desenvuelven como en elemento propio a todo su sabor, mientras que han de vivir en el medio más o menos normal que les toca de acuerdo con las circunstancias, ya que constituyen solamente una realidad potencial.

Por todo ello parece, y no se vea en ello por mi parte una tenden-

cia profesional, que el estudio de la Sociedad Militar ha de resultar forzosamente interesante para sociólogos verdaderamente dotados, cuando llama tanto la atención de modestos diletantes como el que, sin fundamento suficiente, tiene hoy la osadía de llamar hacia este punto la atención de los doctos Individuos que componen esta Real Academia.

El espacio de que disponemos no es mucho, o por lo menos no resulta excesivo ante la magnitud de los problemas que podíamos suscitar ante vuestra atención. Por ello sólo formularemos un análisis superficial de los mismos, una especie de índice con la pretensión de abrir así las ventanas de vuestra atención a un horizonte tan dilatado.

Y para concretar nuestro pensamiento, examinaremos sucesivamente como problemas en los que más agudamente se manifiestan las mutaciones de la Sociedad Militar de hoy, los cuatro siguientes:

- Origen y formación de la Oficialidad.
- El problema del reclutamiento y su reflejo en la organización militar.
- Mudanzas en la vida interna de los Ejércitos.
- Evolución del sentimiento íntimo de los Mandos como determinante del de la Institución.

1. Es grande para los institutos armados la importancia de sus cuadros. De siempre se ha dicho que el valor de un Ejército puede medirse por el de su Cuerpo de Oficiales. Ello llevó durante mucho tiempo a elegir éstos entre los elementos más valiosos de la sociedad, en épocas pasadas, entre la aristocracia. Federico el Grande, al terminar la guerra de los siete años, hablaba de limpiar el Ejército prusiano de todos los elementos que por las necesidades de la lucha, en él habían entrado procedentes de la burguesía.

Y así, con la excepción de algunos Oficiales técnicos, artilleros e ingenieros, que procedían de la clase media, puede decirse que la totalidad de su Cuerpo de Oficiales en tiempo de paz procedía de la aristocracia. Durante las guerras se completaban éstos con Oficiales procedentes de la burguesía, a los que se consideraba aptos para morir por su patria, pero no para mandar normalmente los Ejércitos.

Al terminar las guerras napoleónicas, el 58 por 100 del total del Cuerpo de Oficiales alemán, era noble, con un 97 por 100 de esa procedencia si se consideran sólo sus más altas categorías. En Suecia, los porcentajes correspondientes eran del 54 por 100 y 78 por 100. Aún

al estallar la Primera Guerra Mundial seguían siendo aristócratas el 33 por 100 de los Oficiales alemanes, con un 67 por 100 para sus categorías más elevadas. Lo mismo puede decirse de Suecia, con un 30 y un 35 por 100 respectivamente. Y aún en Inglaterra e Italia, la élite de sus Ejércitos estaba integrada por nobles en un 40 y un 50 por 100 respectivamente. En el Anuario de Saint-Cyr, en la Promoción de 1878, de 365 alumnos, 102 ostentaban apellidos con la partícula “de”.

He aquí un extremo hoy completamente rebasado. No sólo en España, donde puede decirse que esta tendencia aristocrática había empezado a dejar de existir como consecuencia de las guerras napoleónicas, sino en los mismos países ya citados, ha dejado de ser en absoluto una realidad. Casi puede decirse que hoy los Ejércitos son cada vez más una expresión del medio civil del que proceden sus Oficiales, aunque probablemente con algunas matizaciones en su dosificación. Generalmente son más escasos los procedentes de los sectores industrializados, y más abundantes los que provienen de los medios rurales o de pequeñas ciudades. Una buena parte son hijos de militares, aunque debe señalarse que los de Oficiales tienden a representar un número decreciente dentro del conjunto. Para Alemania señaladamente representaba un 40 por 100 del total al empezar la Primera Guerra Mundial, un 50 por 100 durante los años 30 y menos de un 30 por 100 en la actualidad. Pero si tiende a disminuir la continuidad dentro del Cuerpo de Oficiales, ésta viene siendo substituida por la accesión a esos empleos de los hijos de los Suboficiales, y entre unos y otros puede decirse que representan una parte muy importante en las fuentes de procedencia de la Oficialidad.

Consecuencia del cambio tecnológico y de origen de los Ejércitos resulta el cambio en la formación de estos mismos Oficiales. En los Ejércitos antiguos, en que la estrategia y la táctica eran rudimentarias, y en los que al soldado sólo se le pedía obedecer y saber morir, no era necesaria mucha formación. Como se suponía que el aristócrata era capaz de esas virtudes, constituía ya un buen Oficial nato y de aquí el que entrara al servicio de las armas desde los diez o doce años. Más tarde, la creciente complicación de las armas y de las materias que con la guerra se relacionaban fue complicando una educación que, sin embargo, seguía manteniéndose en un campo cerrado y exclusivo, limitada, en general, a materias estrictamente castrenses.

Hoy ya ni siquiera es así. La guerra es total y, por lo tanto, totales deben ser los conocimientos del Oficial. Pero por lo menos ha de te-

nerse en cuenta que la rapidísima evolución de los armamentos exige una formación de base que permita hacer frente a esas circunstancias. Ha de considerarse la creciente y forzosa interrelación entre el mando militar y el mando civil. Por todo ello es hoy común el proporcionar a los jóvenes aspirantes a Oficial una formación técnica y humanística que les capacite para esos fines y que suele adoptar más bien la forma de instrucción general básica que la limitada a una faceta típicamente técnico-militar, la cual se dará, para aspectos determinados, durante otros momentos de su carrera profesional.

Era una aspiración de los Ejércitos de comienzos de siglo la de la unidad de origen, es decir, la de que todos los Oficiales procedieran de la misma Escuela y fueran formados con arreglo a un mismo programa. Esto nunca fue una realidad, pero hoy parece lo más probable que tal aspiración constituyera en sí misma un error.

Hemos señalado ya cómo la apertura en la entrada al Cuerpo de Oficiales constituye un elemento de promoción social importante en la época actual. Pero ello no se ha hecho sólo por esta razón. El valor de la Oficialidad no está sólo en el saber de sus elementos, sino en otros muchos factores imponderables: carácter, vocación, entusiasmo, abnegación, sentido del deber... Todos ellos son muy difíciles de apreciar en una Escuela y pueden, sin embargo, quedar patentes en rango más modesto dentro del servicio. De aquí la tendencia, hoy casi universal, de promocionar la entrada en la Oficialidad, en condiciones iguales, a jóvenes Suboficiales que destacan por sus condiciones de talento y de carácter, y no dejar tampoco sin premiar de alguna forma a aquellos otros que por sus virtudes, a lo largo de muchos años, se hagan a ello acreedores.

Pero todas estas medidas son eficaces porque puede decirse que universalmente se ha establecido una rigurosa selección dentro del Cuerpo de Oficiales. Realmente esta selección se exigió siempre, manifestándose con suficiente eficacia en las frecuentes guerras del pasado, aunque dando origen en la paz a posibles abusos y favoritismos. Hoy, aunque siempre peligrosa, particularmente para países de carácter entusiasta y exaltado, está sometida a sistemas más depurados que hacen que en la mayoría de los países funcione a satisfacción, aunque sea siempre proclive a errores aislados. Dentro de este sistema, y entre los límites, desde una absoluta elección a una prudente selección, caben todos los sistemas imaginables y no dejarán de encontrarse los adecuados para cada circunstancia y para cada país.

Hasta aquí nos hemos ocupado solamente de la Oficialidad per-

manente, de los que continuamente están en el servicio. Pero, aun cuando los Ejércitos tiendan a reducirse en número, aun en tiempo de movilización, siempre resultarán excesivamente numerosos para los Oficiales de tiempo de paz y de aquí surge la necesidad de contar con alguna clase de Reserva que complete, llegado el caso, hasta los límites necesarios, los cuadros permanentes. Estos Oficiales, cuyo número puede llegar a superar el de los cuadros de activo, han de ser formados de manera satisfactoria para que no alteren las esencias permanentes de la dirección de las tropas. Pero al mismo tiempo han de serlo también en un tiempo muy breve, ya que no se trata de personas que eligen esta profesión.

De aquí que prácticamente en todos los países se haya tratado de reclutarlos entre personas de formación básica determinada, es decir, de formación cultural superior. La base de este reclutamiento estaría en hacer compatible la formación universitaria y la militar de manera que, sin estorbar el acceso a su profesión civil, se tenga en aquéllas la reserva necesaria de Oficiales. Ha de reconocerse que en esto han sido maestros los países anglosajones, donde la Universidad ha considerado siempre, y lo corroboran encuestas norteamericanas recientes, como algo integrante a su Cuerpo de Cadetes, a su ROTC. Las fuerzas aéreas inglesas llegan hasta reclutar entre estos elementos su Oficialidad permanente, para lo que en ciertas Universidades tienen destacados escuadrones de formación de vuelo. En muchos de estos países se permite, en determinadas condiciones, que Oficiales de dicha procedencia puedan pasar a integrarse en la Escala Activa de Oficiales, recogiendo así las que pueden resultar excelentes vocaciones tardías.

2. Si extensos han sido los cambios que se han producido en el ámbito de la Oficialidad, puede decirse que es aún mayor la mutación experimentada en la composición de los Ejércitos en cuanto a sus más modestos escalones se refiere. Tradicionalmente, las filas más bajas en los institutos armados venían siendo cubiertas por los estratos más pobres, incluso en ocasiones por los menos dignos del cuerpo social. En una u otra forma, los que ocupaban alguna posición más destacada, bien por su cultura, bien por su dinero, bien por su extracción social, resultaban libres de la más penosa de las obligaciones ciudadanas: la de contribuir con su sangre a la defensa bélica de los intereses del país o, entonces, de la dinastía.

Poco a poco, este oneroso trabajo fue cambiando de aspecto y configurándose como honroso deber hacia la patria. Pero aún así, los egoís-

mos de los pudientes fueron dando formas diversas a otros tantos modos de no cumplir, o cumplir a medias, ese deber, librando con ello a sus hijos de lo que siempre es duro y penoso.

Esquemáticamente, dos son los sistemas que a este respecto pueden adoptar los Ejércitos: el del servicio voluntario y el del servicio forzoso. Casi puede decirse que el primer tipo, en toda su pureza, estuvo limitado hasta la guerra europea de 1914-18, a los países anglosajones, mientras que prácticamente todos los demás adoptaban un sistema de conscripción, con un cuadro de voluntarios o reenganchados, más o menos abundante. Y no consideramos aquí otro sistema, el de milicias, del que podría ser prototipo el Ejército suizo, porque para poder aplicarlo es indispensable una idiosincrasia nacional cada vez más rara, incluso en la misma Confederación Helvética.

Mucho se ha discutido sobre las ventajas e inconvenientes de uno u otro sistema y no es éste el momento de entrar a examinarlos. Medidas unas y otras razones, la mayoría de los ejércitos fueron decidiéndose por el sistema de reemplazo, adoptando períodos de servicio en filas de duración suficiente. Las exigencias de la vida moderna, junto con lo duro del servicio a prestar, fueron produciendo reducciones en este tiempo que no siempre se fundaron en bases técnicas, pudiendo llegar en ocasiones a producir una cierta falta de preparación en las tropas. Ello llevó a muchos espíritus cultivados, en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, a propugnar la vuelta general al sistema del voluntariado, o al menos a introducir entre los soldados un mayor número de voluntarios. Estas tendencias se vieron cortadas por las exigencias del conflicto mundial de 1939 a 1945 y por las consecuencias del mismo, que aún vivimos, y que obligaron a persistir, o a adoptar para los que no lo tenían, el sistema de reclutamiento forzoso.

Pero desde entonces, una serie de causas han producido consecuencias que arrastran consigo nuevos matices a considerar y que se encuentran hoy en plena fermentación. En los períodos anteriores de que venimos hablando, la mayor parte de los ciudadanos que cumplían la edad requerida eran llamados al servicio, y por ello, y las circunstancias antes citadas, podía sin inconveniente confiarse al sorteo la designación de los excedentes que quedaban libres del servicio.

Sin embargo, después del último conflicto se han producido dos hechos que matizan esta cuestión. Por un lado, el enorme precio que van alcanzando los armamentos limita el volumen humano de los ejércitos permanentes, que necesitarán menos hombres. Por otra parte, los progresos de la higiene y de la medicina vienen produciendo un incre-

mento constante de los jóvenes que cumplen la edad de reclutamiento. Las dos causas conjugadas hacen que el sobrante de personal que por su edad puede ser llamado a filas, alcance ya proporciones que desaconsejan el recurrir, pura y simplemente a ese sistema de lotería, pues ello representaría una grave injusticia para los llamados a desempeñar el servicio.

En los Estados Unidos puede decirse en líneas muy generales que sólo a la mitad de los conscriptos les corresponde efectivamente servir en filas. Para paliar esa injusticia latente se introdujo allí el llamado Servicio Selectivo, con el que se pretendía escoger a los llamados en forma de que se compaginase lo mejor posible con los intereses de la nación. Quedaban así excluidos los que tenían especiales obligaciones de familia, ciertos estudiantes y categorías comparables, pero el resultado ha distado mucho de corresponderse con las esperanzas, y notorias son las tensiones producidas por ese sistema.

Una vez más, los países anglosajones vuelven sus ojos hacia el sistema de voluntariado, pero las condiciones para competir en el mercado del trabajo son cada vez más duras. Inglaterra confiesa dificultades considerables que no le permiten cubrir el cupo de voluntarios requerido. Los Estados Unidos están embarcados ahora dentro de esa empresa, en una operación a la que han dado el nombre de código "VOLAR" (Voluntary Army), que tal vez resulte simbólico, pues están llegando para conseguirlo a ofrecer condiciones casi increíbles que elevan el coste a cifras difícilmente concebibles.

Tal vez el posible sistema sea aquel que han emprendido otras naciones que puede resumirse en la substitución del Servicio Militar por un Servicio Nacional, del que, con una posible formación militar universal básica, el primero sería sólo una de sus partes. Todos los jóvenes conscriptos serían llamados a filas para un período de instrucción básico de la duración indispensable. Tras esto serían destinados a las Unidades los mozos que sus efectivos exigieran y los demás se encuadrarían en organizaciones especiales dedicadas a trabajos de orden civil, adecuados a sus condiciones, para ser prestados en regiones menos desarrolladas del propio país, o, en determinadas circunstancias, del extranjero, todo ello con arreglo a las conveniencias políticas de la nación. No se nos oculta que todo esto es muy difícil de realizar, pero en ello tal vez resida la forma futura de prestar el servicio militar atendiendo a la defensa de la patria, a otras conveniencias de la nación y, hasta donde ello sea atendible, también las que resulten legítimas de los planteamientos particulares de los ciudadanos.

Parece posible esperar que tal sistema de Servicio Nacional ofrezca la posibilidad de adaptarse a la problemática de nuestra época. Aun con él, subsistiría la necesidad de recurrir, para unidades de peculiar localización, de misiones difíciles, y en todo caso, para los dedicados al mantenimiento del material o al manejo de equipos complicados, en mayor o menor proporción al voluntariado y será indispensable considerar para él condiciones de retribución, y más aún de carrera, que los haga atractivos para determinado sector de la juventud.

3. La vida de sus soldados era enjuiciada así por Lord Wellington: "Están bien comidos, bien vestidos, bien pagados. Al que no cumpla con su deber lo haré ahorcar". Basta con esto para establecer el contraste ofrecido por la vida militar de hace ciento cincuenta años con la actual. Porque además esas condiciones se prolongaron mucho tiempo: los sufrimientos de los ejércitos aliados en la guerra de Crimea, el aspecto de cualquier cuartel europeo de la segunda mitad del siglo pasado, incluso las condiciones que viejos Oficiales llegamos a conocer en el principio de nuestra carrera, resultarían hoy inconcebibles si pudiéramos ponerlas de nuevo a la vista.

Dos aspectos diferentes de la vida militar consideraremos brevemente a continuación. Sus condiciones materiales y las relaciones entre los distintos componentes de los ejércitos. Respecto a las primeras, y como acabamos de señalar, el cambio es astronómico. Hoy día el uniforme ha dejado de ser algo puramente suntuario y decorativo para convertirse en una vestidura adecuada, cómoda y práctica. La comida ya no es "rancho" y para un gran número de soldados es, sin disputa, mejor que la que disfrutaron en su medio de procedencia. Los alojamientos son amplios, limpios y ventilados y el mobiliario puede compararse con el de muchas familias de clase media. Existen lugares de esparcimiento dotados de aquellos elementos que entran hoy en la vida civil normal. Y esto si sólo nos referimos a los ejércitos que pudiéramos considerar como normales, no a los excesivamente dotados.

Precisamente en aquellos que están procurando pasar a la modalidad enteramente voluntaria, esas condiciones normales de vida, han sido llevadas hasta extremos que realmente sorprenden. Según mis noticias, la comida en el ejército inglés es, no ya buena, sino lujosa, al menos para el criterio de un Oficial español. En el ejército americano, dentro del proyecto "VOLAR", a que antes hicimos referencia, se prevé transformar los refectorios en cafeterías con variedad de platos entre los que elegir, los dormitorios colectivos están siendo substituidos por

habitaciones separadas para cada dos soldados, los cines y lugares de recreo, incluyendo campos de golf para la tropa, y demás centros de vida colectiva, pueden compararse ya a los de cualquier ciudad de relativa importancia.

La transformación es inmensa e inclina el ánimo a comprender aquella exclamación de un Teniente Coronel inglés en un artículo sobre las causas del déficit de reclutamiento de su ejército, que resumía así: desde que los soldados no visten la guerrera escarlata y se llevan las órdenes en "jeep", en lugar de a caballo, el ejército ya no es ejército.

Si grande es el cambio en las condiciones materiales de vida, mucho más profundo es el experimentado en lo que se refiere a los actos de relación dentro del ejército y con el exterior. Hasta cierto punto, el soldado era un autómatas cuyo único cometido era obedecer. Resultaba raro y difícilísimo el que pudiera hacer oír su voz en cualquier asunto. Sobre todo era esto rígido en los países nórdicos, ya que los meridionales, por tener más claro concepto del valor de la persona, procedían de modo mucho más humano.

Este tipo de relación fue suavizándose a medida que las condiciones de la sociedad civil iban cambiando, desde las que originaron los por ello parciales escritos de Carlos Marx, hasta las de la sociedad presente. Pero es, sobre todo, a partir de la terminación de la guerra europea de 1914-18 cuando, y muy particularmente en Alemania, se inicia un cambio total en estas relaciones. Poco a poco los hombres de confianza, las comisiones ejército-juventud, y otras instituciones análogas, tienden a hacer más abierta y más calida la comunicación del soldado con sus superiores. Se llega incluso a la redacción de estatutos o constituciones del soldado, y en algunos ejércitos hasta se les da acceso a ese tribunal del jurado, que son los Consejos de Guerra.

Cambios análogos se dan en lo que respecta a la vida de relación del militar con los elementos civiles. No hace demasiado tiempo, el vestir el uniforme era, y aún lo es en muchos ejércitos para el soldado, obligatorio y permanente. Hace ya bastante que los cuadros de mando de todo nivel fueron autorizados para usar el traje civil. En algunos ejércitos también el soldado puede hacerlo fuera de los cuarteles y de las horas de servicio. Los cuarteles eran departamentos estancos, en los que ahora se da entrada a las familias de los soldados. Los permisos temporales se generalizan e incluso en algún ejército se está pensando en introducir la vacación, ya corriente en la vida civil, del fin de semana, liberando en ese momento al soldado de toda restricción en cuanto a sus movimientos. No podemos dejar de considerar que todo

ello introduce dificultades crecientes para los mandos e incluso suscita nuevos problemas en cuanto a la forma de asegurar la continuidad del servicio, por sí misma consustancial con un ejército permanente.

4. Y pasamos ya al último de los puntos que nos hemos propuesto considerar en esta exposición. El examen del espíritu que impulsa este sector de la sociedad, personalizándolo en el de sus jefes, que si verdaderamente merecen tal nombre, serán capaces, al profesarlo, de arrastrar en su estela a los sectores menos elevados, proporcionando un sentimiento único para el conjunto.

Como hemos dicho antes, Federico el Grande quería limpiar de los miembros de la burguesía su Cuerpo de Oficiales, que había rebasado, por las necesidades de las guerras reñidas, los límites sociales que él consideraba propios. No creía, dice un autor, que aquéllos tuvieran “suficiente sentido del honor” para servir en tales posiciones. Y eso, sobre todo, era lo que Federico pedía a sus Oficiales. El General prusiano Von der Marwitz, describía ese sentimiento como “la renuncia de toda ventaja personal, de toda ganancia, de toda comodidad. ¡Sí!, a cualquier deseo, con tal de que permaneciese el honor. En cambio, todos los sacrificios por este, por su Rey, por su Patria, por el honor de las armas prusianas. ¡En sus corazones, deber y lealtad; por la propia vida, ninguna ansiedad!” Por el contrario, se temía que la burguesía fuese movida por consideraciones materiales más bien que morales, y se la estimaba demasiado racional en los momentos de crisis para que considerase el sacrificio como necesario o como loable.

El enunciado puede parecer bello, pero ¡cuán lejos se halla de la realidad de hoy! Es cierto que el patriotismo, el sentido del honor, la llamada del deber, el valor personal, el afán de gloria, el espíritu caballeresco y aventurero, siguen siendo ingredientes necesarios en la constitución de lo que se llamó y se llama el espíritu militar. Sin embargo, parece que esto ha sido más realmente sintetizado por Janowitz, en su obra “El Soldado profesional”, en que considerando las condiciones de los Estados Unidos, se pasa de estudiar un único tipo de jefe en la línea mencionada, que podríamos calificar de caudillo épico, a otros dos que podríamos calificar de gerente militar y de técnico. Como prototipo de estas tres categorías podrían presentarse, dentro de ese mismo ejército, los bien conocidos Generales de cinco estrellas, Mac Arthur, del Ejército; Arnold, de la Fuerza Aérea, y el Almirante Rickover.

Douglas Mac Arthur, que encarnaba los dos primeros tipos de Generales, pero con notable predominio del épico, era hijo de un Oficial

profesional que le transmitió un sentido profundo de su misión, al que venían a juntarse espléndidas dotes físicas. Su poderosa ambición y su superior inteligencia hicieron de él un Oficial aparte, pero enteramente conforme con las normas y el protocolo del viejo ejército. Su principal preocupación se concentra en mantener para sí mismo una imagen de héroe. Fue siempre muy celoso de sus derechos y sostuvo con firmeza sus opiniones, aunque ya desde West Point, en donde fue el número uno de su promoción, ello estuviese a punto de cortar su carrera. En la leyenda y en la realidad influyó en la carrera de Mac Arthur su resistencia a la autoridad cuando estimaba que sus decisiones podían afectar a su honor, es decir, a su espíritu combativo, aunque a su vez exigiese la más exacta obediencia de sus subordinados.

H. H. Arnold estaba destinado a ser ministro protestante, pero al fin ingresó en West Point, y también se enfrentó con sus superiores. Pasó pronto a la Aviación, pero en seguida empezó a verse llamado por caminos diferentes de los del puro piloto, en misiones de Estado Mayor, de información y administrativas, todas ellas referentes al desarrollo de la Fuerza Aérea. También en la Primera Guerra Mundial trabajó como Oficial de Estado Mayor. Menos extremoso que Mitchel, el violento partidario del predominio del poder aéreo, fue, sin embargo, más efectivo. Cuando le fue ofrecido el puesto de Presidente de la Panamerican, su enorme celo por el servicio le inclinó a rehusarlo.

Por último, como representante del Oficial técnico, podemos citar al Almirante Hyman G. Rickover, el creador de los submarinos nucleares. Descendiente de una familia de judíos polacos, emigrados recientemente a los Estados Unidos, su padre era un sastre modesto. Su juventud fue muy difícil, simultaneando los estudios con el trabajo, por lo que nunca fue un escolar sobresaliente. Su ingreso en Annápolis y sus estudios allí tampoco fueron fáciles. Aunque profundamente identificado con la organización naval, su carrera fue más bien la de un mero técnico especialista. Trabajó prodigiosamente, exigiendo rabiosa lealtad a sus colaboradores, y supo ganarse el apoyo de los miembros del Congreso. A pesar de todo, su ascenso a Vicealmirante representó una quiebra de la tradición, subrayando los cambios producidos en la composición de la escala de Oficiales Generales.

Es decir, que la complejidad de la guerra moderna, su terrible costo, el sacrificio a que arrastra al conjunto de la nación y la creciente complicación de los medios empleados no permite ya considerar como único móvil de los Ejércitos aquel valor alegre, irreflexivo, caballeresco y brillante que Federico exigía a sus Oficiales, sino que es preci-

so, sin dejar de fundamentarlo en esas mismas propiedades, reunir otras de preparación, reflexión, trabajo y dominio de la técnica que hacen del Jefe militar de hoy y del espíritu que le anima algo más apagado ciertamente, pero más concienzudo que los sentimientos correspondientes que movían al guerrero de antaño.

* * *

En conclusión, el Ejército de nuestra era ha de atender a las nuevas misiones que se presentan en el mundo de hoy, y a las circunstancias propias de la Sociedad moderna, manteniendo a la vez sus esencias propias y los cometidos que le son tradicionales. Resumimos a continuación las que pueden considerarse características internas de un Ejército moderno.

El acceso a la Oficialidad no está ya limitado a ninguna clase social determinada. Debe ser lo más abierto posible y complementado por una selección rigurosa y prudente.

El Ejército, con su Oficialidad, debe representar un marcado factor de promoción social. Para ello, habrá de mantener el puesto que siempre le ha correspondido en la Sociedad, elevando hasta él a todos sus componentes y nunca rebajándolo para ponerse al nivel de los socialmente menos elevados.

La formación de sus cuadros debe cimentarse de preferencia en unas bases técnicas y humanísticas. Se favorecerá al máximo la relación Ejército-Universidad.

La prestación personal debida a la Patria, adoptará la modalidad de un Servicio Nacional, del que el Servicio Militar será una de sus formas, previa, tal vez para todos, una formación militar básica.

Los individuos de reemplazo necesarios a las Fuerzas Armadas tendrán su tiempo de servicio estrictamente determinado por razones técnicas.

Subsiste la necesidad de mantener una cierta proporción variable, pero importante, de voluntarios, debiéndose ofrecer a los elementos permanentes del Ejército condiciones de paga o de carrera que permitan a las Fuerzas Armadas concurrir ventajosamente al mercado de colocaciones.

Las condiciones materiales de la vida militar deben ser mejoradas hasta el nivel correspondiente a la clase media normal.

Deben crearse condiciones suficientes para asegurar una relación jerárquica, pero próxima y cordial, entre mandos y tropa, y a su vez abierta entre los individuos del Ejército y los miembros de la Sociedad civil.

Cada vez resulta más necesario cultivar la personalidad de los componentes de las Fuerzas Armadas, dentro de las condiciones propias de la vida militar.

Por último, en el espíritu militar ha de darse cabida, sin mengua de las viejas condiciones heroicas, a otras, no menos completas, administrativas y técnicas.

Con todo ello, los Ejércitos de hoy y los de mañana podrán continuar representando en la mudable y no siempre orientada sociedad de hoy, el papel que hasta aquí siempre las ha correspondido y, sin necesidad de recurrir a imágenes spenglerianas, podrán constituir, ahora y siempre, un elemento de estabilidad, de civilización y de progreso.